

Tajinoches, I

Alvaro Brizuela Absalón

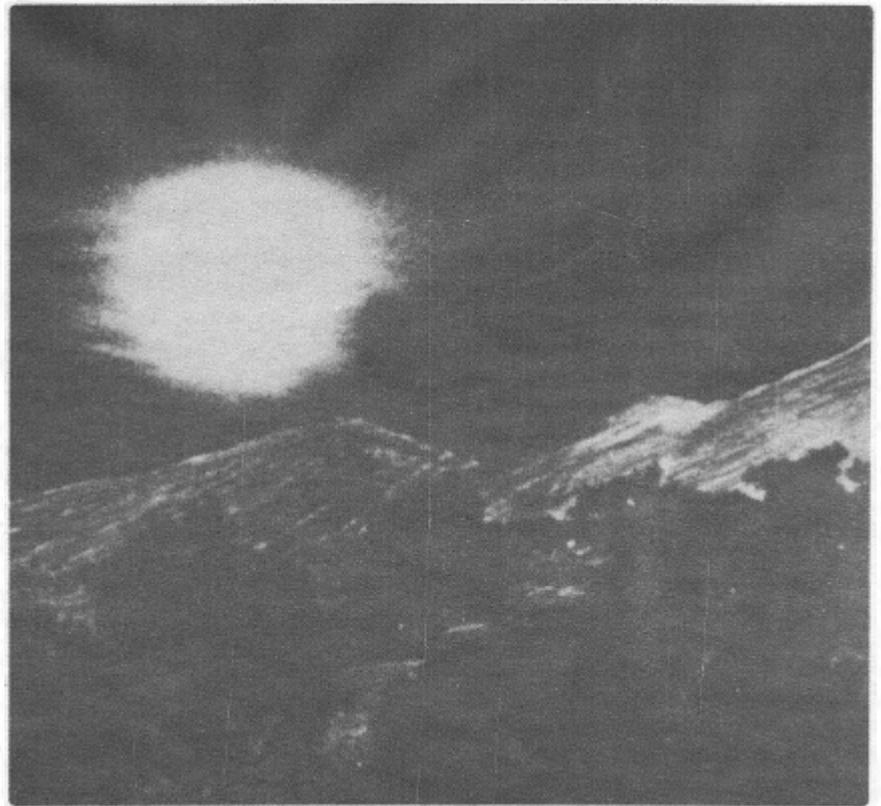
En la Plaza Este de la Pirámide de los Nichos y entre luces relampagueantes en tonos azul, rojo, amarillo y verde desciende la nave espacial donde viaja Venus con su bastón plateado. Mientras eso sucede Miriam Ramos me reprocha por haberla besado con tanta alevosía... y lo peor es que a mi lado sólo veo paredes blancas de ausencias prolongadas y quimeras de olvido. En uno de los muros, la imagen de Tlazolteotl duerme desnuda sobre su lecho, parece un manantial de aguas mansas que escurren suavemente por el borde de la cama. A pesar de todo, me muevo y continúo el camino.

Hoy, el viento del Sur entró a la Ciudad Antigua de Tajín y trajo un rumor de piel suave de tierra verde revestida de pasiones cálidas de abril. Mi cuerpo expulsaba partículas de sudor por todos los poros, mientras la brisa transmitía signos de manos y labios que recorrían cuerpos en tiempos de otoño. Desnudo, me detuve frente a la Ceiba... contemplé su juventud, tronco esbelto lleno de follaje verde que esperaba por el Viento para danzar con él, con la angustia de

que Sikulan, el Rayo de la Sierra, no irrumpiera y aniquilara ese instante de vida. No obstante, llegaron otros sonidos lejanos, y formaron un camino flotante con infinitud de ondas como las que se deslizan sobre la piel de la Tierra cuando sucede el eclipse total de Sol. Por él caminan imágenes antropomorfas de seres que viajan a las estaciones boreales para amar y esperar el amanecer de otra vida.

Al pie del Edificio Azul escucho sonidos inimaginables que de pronto adquieren formas semejantes a la de la diosa Tlazolteotl y que suelen atraparnos por instantes. Se cuenta que durante las noches de luna llena, las siluetas de la Dicha y la Desdicha salían para cantar y susurrar palabras entre los muros y las grietas de los edificios, por eso fue que del grupo de investigadores que vivían en el campamento, pocos se aventuraban a caminar sobre las veredas de Tajín después de la hora nona.

Subí las escalinatas de la Pirámide de los Nichos, y desde ahí contemplé en el horizonte una franja de tonos café sobre otra de color blanco, en eso esta-



ba cuando aparecieron unos signos sobre grandes nubes blancas, eran inscripciones de fonemas castellanos que describían la Aurora Boreal.

Por el rumbo del este se aproxima un objeto diminuto y delgado en forma de laminilla cuadrangular cubierta de glifos; en su vuelo, evade a un asteroide pequeño.

La radio de banda civil instalada en el campamento empezó a emitir señales pidiendo: "quién me copia" para informar acerca del objeto volante y tratar de entender el significado del mensaje que mostraba en su exterior. Uno de ellos explica la presencia en la Tierra de la autumita, el siguiente cartucho se refiere a la malaquita. Otros glifos distribuidos por grupos en franjas horizontales se refieren a la riqueza del territorio al que pertenece Tajín: el petróleo, a esta serie la enmarca una cabeza de águila sobre la que inscriben: "México exporta..." siguen signos borrosos. La franja final puede traducirse como: *The paper Co. Seattle...*

Tiempo después, se habían reunido filólogos, epigrafistas, arqueólogos y alquimistas y no se atrevían a emitir declaración alguna acerca de tan singular objeto llegado a Tajín. Suponían su origen en un lejano y encantador planeta en una provincia de la Vía Láctea que se conoció antiguamente como Madre de Korazón Atómico. La descripción explicaba que la intercomposición la formaban dos laminillas delgadas, coloreadas en grises con franjas café, sobre las cuales se inscribieron esos cientos y se sospecha que pudieran descubrirse miles de glifos más pequeños, de un código que se supone fue utilizado en el planeta Tierra, de acuerdo a la última edición (1991) del boletín *The Cosmic Review* que publicó la Santa María Press Book en México, Distrito Federal.

Sin embargo, un especialista se atrevió a opinar que se trataba de un mensaje originado en Catemaco; por ello, un equipo de buzos-arqueólogos se sumergieron en las aguas del lago para buscar las piedras labradas entre las casas antiguas, donde se cuenta que hay un cincel sagrado en la Isla de Agaltepec con el que se esculpían las vírgenes jade para producir el sueño de los hombres, y con ellas tributar al Tiempo, al Sol, a la Tie-

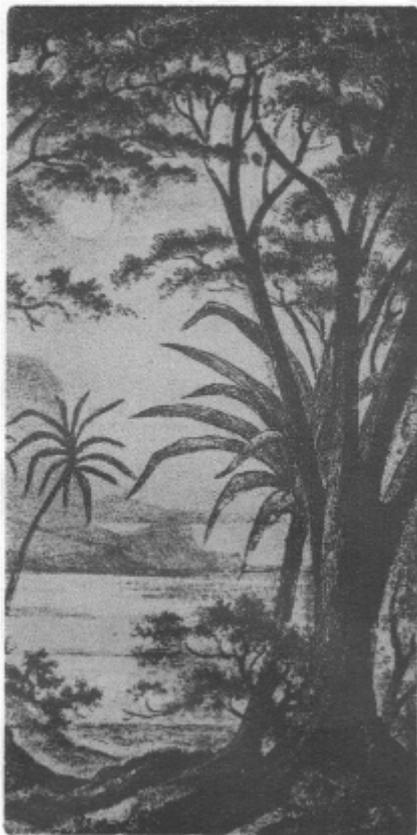
rra, a la Diosa del Agua para el devenir del hombre.

Los glifos asociados a los días terrestres Martes y Lunes, sugieren grandes acontecimientos. Los más extraordinarios son los formados por figuras entrelazadas que fueron interpretadas como Tajín y Catemaco; este último lo definen como un lugar de paisajes de contrastes entre azul, gris y verdes muy brillantes. Acerca del lago, se menciona que existe un lugar en el que desembarcó una nave de la cual salió una figura femenina que se deslizó sobre las aguas y se detuvo en el Tegal, y que el infante que la acompañaba se sumergió frente a la Isla de Agaltepec en busca de un objeto antropomorfo esculpido en piedra azul, cuya dureza y pesantez era la cualidad altamente apreciada por los sacerdotes que cuidaban los nichos subacuáticos.

Mientras tanto, un grupo de investigadores —con un representante en la sobrecontaminada ciudad de México— realizaban pesquisas en busca de un antiguo ritual: Ulama, desaparecido en las tierras veracruzanas, y muy en boga en las tierras costeñas del Pacífico norte. Sentado sobre una loseta en lo alto del Edificio 5, un observador escribano, tal vez un etnógrafo, escribía todo lo ocurrido, y lo hacía con una pequeña pluma *Parker* de colores azul y blanco que, entre paréntesis, únicamente fue adquirida para hacer ese tipo de registros.

Por la vereda que conduce al Edificio de Trece Conejo, caminaban Santiago, don Pancho y Domingo, acompañados por María, quienes se dirigían a cerrar los pozos por donde se asoman los arqueólogos a escuchar historias antiguas que como un eco lejano les transmiten los tiestos y otros vestigios.

En medio de la bruma del medio día y sofocado por el calor del camino que conduce de Chote a Tajín, caigo pesadamente sobre un bloque de piedra azul con bajorrelieves de tortugas, peces y culebras entrelazadas. Cuando me duermo sueño con Tlazolteotl que baja por una escalinata de piedras verdes. Viste un faldellín celeste. Mientras el Sol se oculta, bebo en el cajete vespertino un abrazo de dulzura para despertarme entre la neblina del amanecer. Me levanto con pesantez en el cuerpo, perdido en la selva pétreo donde escuchaba voces le-



janas que anunciaban la conjunción de los planetas Mercurio y Venus. Me detuve frente al espejo de pirita en el que pude ver la imagen alada del arcángel en vuelo dirigido a otra ciudad, al mismo tiempo que otro objeto antropomorfo volaba a corta distancia. Por el color azul de sus alas se confirmó que llegaba el cambio de equinoccio, y la ruta de vuelo es al Sur en busca de Geko, la Salamandra de vientre amarillo. El tiempo transcurría tan lentamente que me parecía que él no quisiera que nos diésemos cuenta de su paso.

Me encuentro recostado en una cama prestada; y digo prestada porque estoy en el cuarto de paredes blancas del campamento de los arqueólogos en la Ciudad Antigua de Tajín. Busco la reconstrucción de una historia... y poco a poco me encuentro con ella. Se me escapan las alas de una figura salida del Juego de Pelota Sur.

Cuando me levanto me entero de que un grupo de arqueólogos se dirigen a la plaza del gran Edificio de las Columnas —donde se dice que vivió el enigmático Trece Conejo—, porque hicieron el hallazgo de una placa que se asocia con

la princesa Tres Pedernal Quechquemil Rojo; de ella se cree, por ciertos numerales, que sea la doncella que acompañó a Venus cuando bajó del cielo con su báculo plateado para ser raptada por Viento Pelo Rojo. Después de aquel suceso la deidad se fue al exilio, y esperaban descifrar nuevos datos para saber de Tlazolteotl, de quien fue sacerdotisa. Con ritmos reiterativos de *Shine on you crazy Diamond*, *Pink Floyd* narraba la búsqueda, y al final, el encuentro con brillos fulgurantes de diamantes azules que resplandecían del tocado del extraordinario Kiwikooló que vivía en el Edificio 5 de la ciudad, y que ahora venía caminando de regreso por el rumbo de San Antonio Ojital.

Las siluetas nocturnas se hacían más intensas, mostraban sus ojos cafés y su indumentaria fosforescente para cantarle a Mercurio desde la gran Pirámide de los Nichos. Yo me entretenía como un loco sediento de sabores antiguos, pero ante la terquedad de la Silueta Tlakat me detuve unos minutos para leer las tablillas a la entrada de la Xicalcolihqui, donde las últimas líneas referían la trayectoria y lo ocurrido a unos viajeros



de la Tierra a Venus. Continué mi camino conteniendo la respiración para no despertar a Kiwani que dormía desde el atardecer, a pesar del zumbido de alas de las parvadas de litófagos, que eran la amenaza de los bajorrelieves que decoraban los edificios de la vieja ciudad.

La noche de luna llena era esperada en toda la ciudad, y si se hablaba de ello era porque desde tres meses atrás las nubes impidieron observarla desde el aposento sur del Edificio de Trece Conejo. Esa noche la gente se encontraba sentada mirando hacia el cielo, sentía una extraña sensación de dulzura y me preguntaba: ¿Qué diosa esperan que aparezca cuando la Luna ilumina el nicho número 169? Yo esperaba un encuentro fortuito para penetrarla con mi falo emplumado. Habían sonado las doce de la noche en el reloj de piedra del Edificio 2, entonces me invadió un agradable cosquilleo, tan excitante que imaginaba ser la terminal de un pararrayos después de la descarga celeste, y la "tierra" de esa supuesta antena era mi pene que descargaba toda esa imaginaria lúdica.

Caminé en dirección norte, siguiendo la calzada al pie del muro de contención de la plataforma donde se levanta Tajín Chico, y me encontré con un aviso cubierto en acrílico, se trataba de servicios que ofrecían un grupo de monjes haciendo lecturas nocturnas en tientos anaranjados a quienes estuviesen interesados en averiguar si los primeros pobladores de Tajín fueron los autores intelectuales de los diseños para construir los edificios más viejos de la ciudad.

Al caminar en la Plaza Este de los Nichos, me vi sentado sobre una loseta en lo alto de esta pirámide, lugar donde escribía las anécdotas de mi mano derecha recorriendo el mundo lateral del cuerpo de Tlazolteotl y de cómo ésta empezó a transpirar perfume de mujer terrícola, el que después me envolvió por la cintura y levantó mi cuerpo que ligero me llevó flotando entre miles de cocuyos y luciérnagas que describían líneas zigzagantes en la oscuridad. Y que extasiado por el perfume empecé a descender, para dejarme caer sobre una manta de algodón con figuras estampadas de tigres y leones, y como fue que

Tlazolteotl sin abrir los ojos me abrazó suavemente contra su pecho y yo en un suspiro entré a su cuerpo, donde permanecí hasta que Venus se escondió en el horizonte.

Pink Floyd me dijo: *Yet another movie*, y ya no supe que hacer cuando la imagen de Tlazolteotl se esfumó. El Gran Humo de Tajín cubrió todo y ocultó los cuerpos y los rostros de todos los cuerpos. Yo corrí en la espesura de las horas en su busca.

El medio día derramaba fuego para



quemar los caminos y sentía que mi mano tocaba su piel y la realidad fue que solamente rozaba la espalda de la Salamandra. Cuando desperté, mi cama estaba revuelta y mi cabeza escuchaba voces zoonoras, era la Salamandra que cantaba la historia de sus besos escondidos entre vigas apolilladas, sin un amante que la detuviera para cantar desde el anochecer, cuando en Tajín se empieza a soñar recostado en la hora décima.

Fue entonces cuando le pregunté: ¿Acaso es el momento de reconstruir la historia del tiempo antiguo de Tajín? Me dijo entre chasquidos besucones: "mi perla, mi pluma de quetzal" deja que la luz del cielo diurno invada este aposento como fue en el principio de los tiempos del hombre. Quiero ofrendar tu corazón en el Viejo Templo de los Jaguares del Gran Juego de Pelota en Chichén Itzá, hasta allá he de viajar entre los astros nocturnos, para remover tu mente frente al novicio en sacrificio del Panel Noreste en el Juego de Pelota Sur de Tajín.

Tajín, mayo de 1991

